

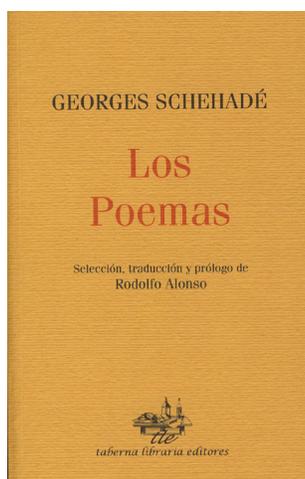
Destile

LOS POEMAS

GEORGES SCHEHADÉ

Poesía visual

Juan José Macías



Georges Schehadé, *Los Poemas*, Taberna Libraria, Zacatecas, 2011.

La de Georges Schehadé es una poesía visual, escenográfica, constituida de únicamente breves principios situacionales. Hay, existe, ocurre algo, aquí, allá, sobre, debajo, ayer, hoy, mañana, a través de cesuras que le dan un enorme valor a lo instantáneo. En Schehadé, en apariencia, no hay evolución discursiva, si no se entiende que toda evolución opera con base en instantes creadores. Al contrario de todo discurso narrativo, la poesía no se muestra en acciones sino en actos. No hace suyo el tiempo horizontal y progresivo, sino el tiempo vertical, que permite la caída gota a gota del instante. Instante fugaz e incesante, irisación y reflejo: «soledad de las imágenes» en «un gran desorden claro».

Durante mucho tiempo había olvidado que los primeros poemas que leí de Georges Schehadé pertenecían a la traducción del poeta argentino Rodolfo Alonso. De entre sus muchas antologías hay una muy breve de poetas surrealistas, publicada en Argentina. Y ahí, en la última sección que Alonso dedica a los que él llama poetas de lenguaje surrealista, se encontraba el poeta alejandrino, un puñado de sus poemas, breves como el asombro, penetrantes y huidizos como el agua y el viento. Años más tarde, en la revista *Vuelta* núm. 149, de abril de 1989, leí una nota de Octavio Paz a propósito de la muerte del poeta, acaecida dos meses atrás, y dos poemas traducidos por el mismo Paz. Luego, después de 1989, nada. Georges Schehadé se había «mezclado al aire», como expresa uno de sus maravillosos versos. Mientras mantuve presente su poesía destellante, me propuse buscar su obra en librerías. No tuve fortuna alguna: o era mi mala suerte o era que en México a ninguna editorial le había interesado publicarlo. Me encontré con que ni siquiera las grandes y prestigiadas casas editoras dedicadas a difundir solo poesía, como *Visor*, le habían dado espacio en sus publicaciones.

Cierta vez, habiéndole publicado a Rodolfo Alonso, en nuestra colección de Ediciones de Medianoche, un libro de ensayos y la traducción de las *Cartas sobre la poesía* de Mallarmé, le escribí para preguntarle si sus versiones de los poemas de Georges Schehadé completaban un libro. Bueno, me contestó, Schehadé escribió muy poco, su obra

poética, desde 1938, es editada originalmente en pequeñas y bellísimas plaquettes (impresas a mano en su propia impresora por Guy Lévis Mano, ese auténtico y legendario poeta de la edición), que luego fue reunida en su solo volumen por Gallimard, bajo el título de *Los poemas*. Te ofrezco —continuó diciéndome el maestro Alonso— una amplia selección de su obra reunida. Me alegró mucho su ofrecimiento, pues de ese modo conocería más de la misteriosa y maravillosa poesía de Georges Schehadé, y además con ello Taberna Librería sería la primera casa editora en publicarlo en México. Curioso augurio para él, que comenzó publicando, como muchos grandes poetas, de manera doméstica, pues nuestra editorial es aún de las que se pueden contar todavía como caseras, aunque comience ya a tener presencia en algunas librerías del país.

Una tercera resonancia de este augurio, de esta cifra profética, siendo Schehadé de origen libanés, es que en lengua árabe verso se dice *bayt* que significa casa. Es decir que cada verso en el poema árabe está asimilado a una casa, a un habitar, hecho que nos lleva de inmediato a recordar las palabras de Hölderlin: «*por la poesía hace el hombre de esta tierra su morada*». Puedo entender ahora que *Residencia en la tierra* de Pablo Neruda alude a esta condición de verso como casa, como habitar, presente en el poeta libanés en su nostalgia por su país y por su idioma, porque, aunque escribió en francés, da la sensación de que escribía pensando en lengua árabe. Todavía más, en su idea de inspiración, ignoro si conscientemente, se ve vinculada la imagen de Aladino y la lámpara maravillosa.

Octavio Paz, quien lo conoció personalmente, en aquella nota publicada en la revista *Vuelta*, y que luego recoge en *Excursiones/IncurSIONES*, hace referencia a su enigmática forma de concebir el poema. Transcribo completa la nota:

En febrero pasado murió Georges Schehadé. Fugitivo de Beirut y sus insensatas matanzas, había anidado, como el pájaro que siempre fue, en un alto inmueble de Montparnasse. Allá pasó sus últimos años. Escribió giratorias piezas de teatro, molinos de viento que muelen no grano sino palabras; polvo de reflejos irisados convertido en proverbios cristalinos. También escribió pequeños poemas con un vago olor de jardines quemados por el otoño y resucitados por la luna que divaga en galerías de la memoria. Escribió poco, muy poco; casi todo fue perfecto. No dudaba, ni tachaba, ni corregía: sus poemas caían sobre la página como frutos maduros de un árbol invisible. Una tarde de verano de 1950, cansados de caminar por un París desierto, nos sentamos en una banca de Square Lamartine y me confió su secreto: «La inspiración existe, pero no aparece de golpe. Comienza como una pequeña irritación en la frente, un punto rojizo; me rasco y brota una frase. La anoto en la memoria y espero: nada. Pasan varios días. Otra vez la comen; otra vez me rasco: otra frase. Y así sucesivamente hasta que la roncha, el diminuto sol, se apaga. Entonces escribo sobre el papel un poema de ocho o diez líneas, lo leo con asombro y firmo».¹

Para Schehadé, entonces, de rascarse la frente como se frota una lámpara, resulta la aparición del genio. En su caso, el genio de un poeta verdaderamente inconfundible, distinguible entre muchos. No sabría qué más decir de Georges Schehadé. Cualquier adjetivo a su expresión resultaría predecible y, por tanto, contrario a su poesía, que es de suyo infrecuente. De su vida, menos aún, salvo que nació en Alejandría en 1910

¹ Octavio Paz, «Polvo, sabor de hombres (Georges Schehadé Alejandría 1910-París 1989)», en *Obras Completas II. Excursiones e incurSIONES. Domino extranjero/Fundación y disidencia. Domino hispánico*, FCE, México D. F., 2014, p. 425.

y murió en París en 1989, heredándole al mundo un puñado de imágenes con las cuales completarlo, si se considera que la realidad siempre la tenemos como insuficiente, inacabada y parcelada y que, a fin de tocarla, hay que saber extender la mano en la oscuridad. Finalmente, se hace un tanto absurdo conocer de la vida de un poeta, más si pensamos que con sabiendo su historia personal se nos revelara el secreto de su poesía, se apartaran los elementos alquímicos que ha sabido mezclar para ofrecernos su esencia o la fórmula de su belleza. Pretensión más que tonta y además inútil. La vida de un poeta, sus pequeños dramas cotidianos, deben tener con seguridad relación directa con su manera de escribir, pero saberlos no nos conduce a descifrar el misterio que envuelve a sus poemas. Antes bien, saberlo común a cualquiera de nosotros, eso mejor nos ayuda a creer que también nosotros podemos ser capaces de afinar nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia, puliéndola como Aladino a su lámpara, es decir dándole limpieza a nuestro corazón y a nuestra mente, antes que el diminuto sol de nuestra frente se apague para siempre.

Este libro, pues, recoge una buena parte del total de la obra poética de Georges Schehadé, deseando celebrar el hecho de que la poesía, la verdadera poesía, se encuentra siempre en su rareza. Con él, con este libro, Taberna Librería comienza a cumplir uno de sus propósitos: acercar a los lectores mexicanos lo que por derecho y calidad pertenece a la cultura universal, en este caso, la poesía de un poeta que, por saber cuidar de su cultura, ha podido pisar tierra en cada una de las orillas del mundo, en su empeño por ser un fiel y delicado perseguidor de fábulas.

Hay un breve poema de él que me fascina, y con él quisiera cerrar mi breve comentario. Es un poema que, para mí, contiene todas las claves de su poesía y que en cierto modo describe al poeta del país de las lámparas. Lo dejo aquí para ustedes:

Al que piensa y no habla
un caballo lo lleva hacia la Biblia.

El que sueña se mezcla con el aire.